

## ***Habla su biblioteca***

### **Novedades de la Biblioteca**

#### **“Florentino Idoate”**

JOSÉ ANÍBAL MEZA TEJADA

## **John Michael Coetzee, ganador del Premio Nobel de Literatura 2003**

J. M. Coetzee, narrador sudafricano nacido en Ciudad del Cabo (1940), descendiente de inmigrantes británicos, se caracteriza por una escritura de baja retórica y poco dado a las explosiones sentimentales. Comprometido con la problemática de su país, sus novelas reflejan el estado de incompresibilidad humana y de deshumanización que caracterizaron a la sociedad sudafricana sustentada en el *apartheid* y sus posteriores consecuencias. No sabemos si se trata de resignación o de carencia de esperanza lo particular de la atmósfera que influencia —o construyen— los personajes de sus novelas. Lo que sí es cierto es que se trata de personajes que de una u otra manera cautivan y envuelven al lector en ese mundo de aparente resignación. Comentaremos siete de los relatos que forman parte del fon-

do bibliográfico de la biblioteca Florentino Idoate: *Infancia* (*Boyhood. Scenes from Provincial Life*, 1997), *Juventud* (*Youth*, 2002) —ambos libros de memorias—, *Desgracia* (*Disgrace*, 1999), *En medio de ninguna parte* (*In the Heart of the Country*, 1976) y *La edad de hierro* (*Age of Iron*, 1990), *Esperando a los bárbaros* (*Waiting for the Barbarians*, 1980) y *La vida de los animales* (*The Lives of Animals*, 1999), cinco de sus novelas.

*Infancia* (Mondadori: 2000) y *Juventud* (Mondadori: 2002) son los dos tomos de memorias escritas hasta el momento por Coetzee. Por lo general, las memorias tienden a escribirse en primera persona; Coetzee, en cambio, narra en tercera persona, y da la impresión que, aunque habla de sí mismo, permanece dis-

tante de su propia vida. "A su madre no le cuenta una sola palabra...", "El es un niño sano, lleno de vida...", "ser católico es una parte de su vida que se reserva para el colegio", "Está leyendo la correspondencia de Ezra Pound", "vive en un apartamento de una sola habitación junto a la estación...", etc. Este es el tipo de construcciones gramaticales que caracterizan estos dos libros: la tercera persona que conoce todo, pero que quiere parecer distante de los acontecimientos.

El proceso de vida que conduce a la escritura es clave de lectura tanto de *Infancia* como de *Juventud*. En-

contramos al final de *Infancia* explicitada esta clave de lectura, cuando él está recordando a la tía Maurie en el día de su funeral: "Lo han dejado a él solo con todos los pensamientos. ¿Cómo los guardará todos en su cabeza, todos los libros, toda la gente, todas las historias? Y si él no los recuerda, ¿quién lo hará?". *Infancia* no es sólo la evocación de la vida del protagonista desde los diez años, sino también un dar



cuenta del contexto sociocultural en el que esa vida transcurre y, en particular, la premonición del futuro narrador que será Coetzee. *Infancia* evocará Worcester, pequeña localidad a ciento cuarenta y cinco kilómetros de Ciudad del Cabo, y sus habitantes; de igual manera serán contados los encontrados sentimientos de amor y de disgusto por la madre; la incompreensión del rol paterno en el hogar; el maltrato y los castigos infringidos en la escuela de la época; la estrecha relación entre segregación escolar y segregación racial, donde se padece marginación por ser católico; la especial relación de amor y dependencia entre colonos y granja; la particular cultura de los "afrikaners" expresada a través del lenguaje y de aspectos físicos y biológicos.

En *Juventud* rememora la época de estudiante de Matemática en Ciudad del Cabo, así como, principalmente, los años de inmigrante en Inglaterra, su trabajo y posterior renuncia en la IBM; también evoca su segundo empleo como cuidador de una casa y, nuevamente, el retorno al mundo de las computadoras y sus silenciados deseos de ser poeta. "Porque será artista, eso ya hace tiempo que está decidido. Si de momento tiene que ser desconocido

y ridículo, se debe a que el destino del artista es sufrir el anonimato y el ridículo hasta el día en que se revelen sus verdaderos poderes y quienes se burlan y se mofan de él tengan que callarse” (p. 11), ésta es una clave de lectura importante de esta parte de las memorias de Coetzee. Aspecto que se verá reforzado con las continuas evocaciones de los poetas y narradores que leyó en esta época: Henry James, Ezra Pound, T. S. Eliot, Bertold Brecht, los latinoamericanos César Vallejo, Pablo Neruda y Nicolás Guillén.



*En medio de ninguna parte* (Mondadori: 2003), está narrada a manera de diario personal, sin fechas pero con numerales consecutivos (del 1 al 266) que indican la evolución temporal de los acontecimientos: Magda, una joven huérfana de madre, comienza su diario con la llegada de la nueva mujer de su padre y finaliza con las reflexiones sobre su propia muerte (“¿Dónde y cómo encontraré el valor para



morir como una reina vieja y loca, en medio de ninguna parte, sin que nada ni nadie me pueda explicar a los ojos de los arqueólogos, en una tumba de pinturas *naif*, sobre la cal de los muros, pinturas que representen a los dioses del cielo?”, p. 188). Magda debe enfrentar la situación de la granja después de la repentina muerte de su padre y lidiar con Anna, la joven mujer de su padre, y con Hendrik, su sirviente y posterior amante. Los personajes toman sus opciones de vida y deben asumir la responsabilidad que ello acarrea. Esta podría ser una clave de lectura, aunque también es interesante observar en esta novela cómo acontece la vida de los colonos sudafricanos, la violencia que los rodea y las relaciones de dependencia que generan de sus trabajadores negros en medio de una geografía con características inhóspitas.

*Esperando a los bárbaros* (Mondadori de Bolsillo: 2003), alegórica narración que refleja la situación de una Sudáfrica marcada no sólo por racismo sino también por la brutalidad imperial y la desconfianza y minusvaloración hacia los bárbaros (los nómades del desierto). Esta podría ser la clave de lectura: el imperio blanco (alegorizado por el Coronel Joll y los oficia-

les) acusa, maltrata y tortura y asesina a los pobladores negros (alegorizados por los bárbaros nómades del desierto y los pobladores del lago). Narrada en primera persona, es la visión del Magistrado que lucha contra la corriente del sistema imperial, racista y basado en la tortura y la represión. Régimen que tampoco tolera la disidencia de los de su misma raza y el Magistrado sufrirá las consecuencias.



Es quizás, el libro en el que explícitamente el escritor toma partido por la denuncia del inhumano proceder del "imperio blanco". El narrador no esconde la crueldad humana que se ensaña en el cuerpo del torturado: "El muchacho está tendido boca arriba, desnudo, dormido, respirando agitada y superficialmente... veo en carne viva la herida purulenta que escondía... Tiene en el vientre y las ingles pequeñas costras, cardenales y arañazos, algunos con rastro de sangre" (p. 21), "la barba gris está apelmazada por la sangre. Tiene los labios machacados hacia adentro, los dientes rotos. Un ojo está en blanco, el otro es un agujero sanguinolento" (p. 17).

*La edad de hierro* (Mondadori: 2002) está narrada en primera persona: una madre que cuenta, a tra-

vés de una carta, parte de su vida a su hija que vive en Estados Unidos. La señora Curren, al regresar de la clínica del doctor Syfret, se encuentra con que un indigente de raza negra ha establecido su lugar de descanso en la parte posterior del garaje de la casa. "Me encontré una casa hecha de cajas de cartón y plástico, con un hombre encogido dentro.." (p. 9), este será el comienzo de la relación entre dos personas que están en proceso de deterioro personal, pero que construyen un espacio de mutua solidaridad y acercamiento: él, Vercueil, negro marginado producto de la descomposición social sudafricana; ella, mujer blanca, que acaba de recibir el diagnóstico de un cáncer en el pecho.



Dos claves de lectura son significativas en esta novela. Primera, la sociedad racista descompone a las personas, las somete a un proceso de atrofia humana: por un lado, están las personas que como Vercueil (Florence, su marido y su hijo) "no tienen casa, piden poco, roban un poco,... pero que no asustan como lo hacen las pandillas de merodeadores, grupos de chavales hoscos, ávidos como tiburones, sobre los cuales

ya comienza a cernirse las primeras sombras de la cárcel" (p. 13); en el otro lado están los que la Sra Curren llama "sus primos blancos", quienes están "también con el alma atrofiada, cada vez más envueltos en sus capullos somníferos. Lecciones de natación, lecciones de equitación, lecciones de ballet... sus almas alagadas, llenas de dicha, abstraídas" (p. 13).

Sin embargo, de la atrofia de los personajes brota parte de lo mejor del ser humano: crecer en la capacidad de amar, transformarse en solidarios en situaciones límite. Y esta es la otra clave de lectura. "¿Por qué le doy comida a ese hombre?", se pregunta la Sra Curren. "Por la misma razón que se la daría a su perro (robado, estoy segura) si viniera mendigando. Por la misma razón que te di el pecho a ti. Estar lo bastante provisto como para dar y dar de la propia provisión: ¿qué deseo más profundo puede haber?" (p. 13). La respuesta puede parecer dura, pero llega al fondo: no hay razones políticas, no hay razones religiosas, simplemente se apela a la propia condición humana para ser solidarios. La solidaridad se ejerce en un país donde, por los mismos conflictos sociopolíticos, se ha perdido el sentido de la caridad: "Porque en este país ha

desaparecido el espíritu caritativo. Porque los que aceptan caridad la desprecian y los que la dan, la dan sin convicción" (p. 29-30). La amistad —y es otro aspecto importante de resaltar— es gracia, llega sin que la inviten, es donación: Vercueil llegó inesperadamente a cambiar la vida de la Sra Curren, se trata de "simplemente un hombre. Un hombre que vino sin que lo invitaran" (p. 203)

*Desgracia* (Mondadori: 2000) narra la historia de David Lurie, profesor de literatura en Ciudad del Cabo y experto en Woolsworth. Lurie invade la privacidad de una prostituta con la que frecuentemente sostiene relaciones sexuales; entonces, ella decide romper con él. Lurie inicia una nueva relación con Melanie, una de sus alumnas; relación que le ocasionará problemas al involucrarse los papás y el novio de Melanie. Las denuncias en su contra por acoso sexual, lo conducen a que sea juzgado por el tribunal de la Universidad. Al negarse a seguir las reglas del juego del juicio, es declarado culpable y penalizado con la expulsión de la institución educativa y despojado de la titularidad de su cátedra. Viaja a casa de Lucy, su hija, quien vive en una granja, apartada de las ciudades. Allí, en la lejanía de las ciudades, en el

ambiente de los colonizadores de tierras nuevas, tratará de recomponerse a sí mismo y de mejorar las relaciones con su hija.

Como clave de lectura podemos decir que lo que en un principio fue una pérdida de la gracia para Lurie (des-gracia), se transformó en la adquisición de un nuevo estado de gracia. De un estado de gracia, de estar en el “paraíso” (profesor titular en una universidad, con casa propia, con solvencia económica y prestigio académico), pasó a un estado de des-gracia (pérdida de los privilegios); pero en realidad se convirtió en un nuevo estado de gracia: alcanzó su libertad frente a las determinaciones institucionales y sociales, mejoró las relaciones interpersonales con su hija, se despojó de la dependencia que generan los medios materiales que sostienen el estatus y convivió con gentes de una realidad desconocida, la de los pioneros y colonos de las tierras sudafricanas.

Finalicemos hablando de *La vida de los animales* (Mondadori: 2001), singular obra que combina la narración con las reflexiones filosóficas y literarias del autor. La obra está dividida en dos partes: Los filósofos y los animales y Los



poetas y los animales. Elizabeth Costello, madre de John, catedrático del Appleton College, ha sido invitada por dicha institución para dar una serie de conferencias sobre la vida de los animales y el exterminio de éstos por parte del ser humano. En coherencia con su discurso, promueve el vegetarianismo como forma de vida del ser humano. La relación madre/hijo no es fluida y se deteriora más por la mutua animadversión entre Norma —esposa de John— y Elizabeth. Es un relato que llama la atención por su temática pero carece del ritmo narrativo que vuelve atractivos relatos anteriormente comentados.

Es significativo el compromiso de Coetzee contra el apartheid, pero no tanto por la denuncia política (que casi nunca es explícita, como lo haría Nadine Gordimer, escritora sudafricana, Premio Nobel de Literatura en 1990), sino por la denuncia social y cultural que refleja: un régimen de segregación atrofia la humanidad tanto del segregacionista como del segregado. Aspecto tan “bellamente” resaltado en *La edad de hierro* y *Esperando a los bárbaros*. Ambas novelas nos muestran explícitamente que la aper-



tura, el encuentro con el/la otro/a es el que nos redime, nos convierte en humanos. El “respeto a la diferencia” que nos humaniza, y que tiene resonancia en los programas educativos de formación en valores, está presente en esta novela.

Sin menoscabo de lo anterior, me atrevo a afirmar que los personajes son lo mejor de la narrativa de Coetzee. En casi todos los textos comentados (aún los autobiográficos) la aparente resignación con que viven los personajes sus situaciones, lejos de representar un conformismo, es un asumir su realidad y encargarse de ella. Los personajes “están-ahí” a

la manera de “estar-en-el-mundo” y asumir las consecuencias de ello. Por ejemplo, si Magda (*En medio de ninguna parte*), pese a su condición de huérfana, mujer, habitante de una tierra hostil y violada por un “sirviente de color”, decide quedarse en esa tierra, no es por resignación, sino porque asume su propia condición y se constituye así como ser humano.

Aparte del valor intrínseco que tiene leer un texto literario, sugiero la lectura de los textos de Coetzee porque nos permiten adentrarnos en el ser humano y sus posibilidades de realización como hombre o mujer en determinadas circunstancias.

